BREVES INCENDIOS

Gema Santamaría

1.

EL ATARDECER ENROJECE FRENTE A NOSOTROS

El cielo se marca todo como una furia
y el mar hace lo propio a nuestros pies:
olas montándose unas a otras
como crestas rompiendo
violentamente los celestes del agua.

Sobre una piedra, un grupo de personas se empina
a observar la marea y su malestar.
Sus cuerpos tan unidos simulan un coral suavizado
por el menear de sus cabezas.

Vemos cómo el agua los devora a lengüeteadas en un instante.
Nos reímos porque sí,
porque tanta belleza suscita en nosotros siempre
un poco de crueldad.

Me cuesta entender estos atardeceres enrojecidos,
entender si su furia es una furia enamorada o enloquecida.
Frente a ellos siento un golpeteo apacible en el pecho
y una dosis de terror mordisqueándome las piernas.

Dicen que admiramos los atardeceres en demasía.
Pero yo observo su doliente resplandor
y sospecho que aún hoy, después de tanto tiempo,
nos estremecemos ante su rabia.

2. ÍNDIGO

A María Antonia

Hemos de ver la puesta del sol,
la roja mirada,
el candor y la furia.

Sobre las piedras
arden las últimas horas.

En un arrebato
la luz se modifica.

Intuimos la trayectoria de las sombras.
Somos solitaria presencia,
testigos únicos del cauce
cerrándose frente a nosotros.

Los pájaros guardan silencio a estas horas,
las piedras se retraen sobre sí mismas
hurgando su musgo más íntimo.

Una grieta nace entre las montañas.
Las aguas de la noche se desperezan:
de ellas emerge un torrente de peces húmedos.

El rojo se convierte en un índigo intenso,
el cuerpo fiero de la noche se avecina.

Partimos en el momento justo,
la mejilla del mar asciende suave y toca los riscos
obscurecidos.

Satisfechas, caminamos cuesta abajo,
hacia la boca abierta de la luna.

3.

QUIZÁS LA MEDIANOCHE

Despertamos en la orilla de otro sueño.

Desde aquí, observamos el vaivén de la historia,
la pequeña historia, la gran historia,
la que imaginábamos en péndulo,
la que hoy sabemos espiral.

A tientas reconocemos los espejos.
Hemos llegado a un abismo conocido e íntimo,
¿cuántas vueltas más antes de despertar?

Crecen los verdes a pesar del tiempo gris y las revueltas,
crecen flores, crecen manos,
crecen los bordes de la cotidianidad.

La memoria se dobla sobre sí misma.
Nos reconocemos en los cuerpos olvidados,
en las tumbas hacedoras de milagros,
en el atardecer siempre enrojecido de la ciudad.

Somos viajeros en mitad de la espesura
y, sin embargo, crecen verdes en las piedras,
crecen flores, crecen manos,
y en el borde de lo insólito
la cotidianidad.

Quizá la medianoche es más luz de lo que creemos,
y en el delirio de sus horas
se gesta el sueño
de lo que siempre,
sin intuirlo,
pudimos ser.

4. NAUFRAGIOS

Al Padre Flor María Rigoni

En este viaje, Padre, ¿en cuántos exilios pensaste?
¿En qué tierra abandonaste los ojos,
por no hablar del corazón,
el estómago y las manos?

Pienso en ti y en la estéril espuma de los aeropuertos.
Pienso en ti, con tu sotana hecha de plumas, dejando poemas
arqueados en mitad de la penumbra.

¿Qué escribes cuando ves el *duty free*?
¿Qué verso te provoca el paso descalzo por el *checkpoint* migratorio?
Pensarás en los ojos heridos de aquellos que han llorado frente a ti,
en este mundo hecho de hierro y de papel
y de criaturas apiladas como balas sobre los carruajes de la desesperanza.

No conozco más que la fiebre de tu risa
y tu bendición que es como una espina suavizada por la lluvia.
No conozco de tus extrañezas ni de tus soledades,
pero intuyo tus rezos en la humedad de las ventanas matutinas
y tus enojos
como un estruendo de gigantes al pie de las acacias.

En este viaje, Padre, pienso en ti.
En tu encuentro a diario con lo profano,
en tu cama como una balsa navegando sobre *las flores del mal*.

Padre, cuando sueñas,
¿de qué color son las frentes de los refugiados?,
¿qué ropas llevan los ahogados en tu barco?,
¿cuál la corona de flores que llevan al resucitar?

En el río de tu frontera, ¿cuántos muertos?
En el río de tu frontera, ¿cuántos rezos?
En el río de tu frontera, ¿dónde nace la luz?

En este viaje, Padre, solo la poesía.
En este viaje,
solo tu presencia forma hojarascas apacibles
sobre las cuales andar.

5.
NOCHE EN MANAGUA,
TRAS LA MUERTE DE LOS GALLOS

Esta noche tiene la garganta enrojecida.
Ha gritado y está enferma.
Duerme al fondo de un cuarto blanco e iluminado sobre el piso.

Es un gran cerdo rosado.
Contra la esquina, se lamenta.
Perdió la lucidez y tiene todas las uñas rotas.

Está mareada
está borracha.

Esta noche no tiene una cama donde orinar sus miedos.
Por eso se arrastra sobre los techos enmohecidos.
Se alimenta del musgo y del vapor que dejan los niños,
al dormir, en las ventanas.

Se han muerto los gallos que ponen fin a su delirio.
Solo los grillos crepitan en el jardín eterno de las horas.
Está sola con su boca ratonera
está tensa
está brava y es caliente.

Nosotros dormimos en la mancha gris
que es su garganta.

Nos creemos soñadores.
Aún no hemos probado el filo.
Ni siquiera intuimos sus navajas.

6.
EL LUGAR MÁS ÍNTIMO
PARA PROVOCAR INCENDIOS

La cocina. El infierno.
Un lugar de cuchillos y de sangre.
Es ahí donde arde el aceite
donde mi madre heredó su cicatriz más profunda.

Dicen que es el lugar de la abundancia
del dulce y tibio olor a leche
del tomate fresco,
luciendo su más firme color rojo.

Recuerdo las cebollas
crispándose en la cuna,
ajos como pequeñas larvas
agitándose en el fuego.

Mamá con un delantal que le cubría el pecho,
la sangre de la carne cruda,
las verduras y los trastos bajo la misma regadera,
las especias calentándose en el mismo olor a grasa.

El lugar más íntimo para provocar incendios.
Mamá huele a aceite,
tiene quemaduras en los ojos,
sus pequeñas manos son muy torpes.

El agua hierve,
la carne se ablanda,
cáscaras y huesos en una bolsa plástica.

En la cocina, restos y paredes salpicadas;
en la mesa, manteles y cucharas limpias.

Una abeja arde en la cocina.
Atrapada en un vaso boca abajo,
se va poniendo sucia.

7. ENTREVISTA A UNA EXPERTA EN VIOLENCIA

Así es que díganos,
¿de qué color es la herida que resulta de un golpe a puño cerrado
precedido por el enojo (también cerrado)
del otro que se avecina y se lanza contra el cuerpo de aquel que de ahora en
adelante ocupa la categoría científica de “víctima”?

¿Cuál es el ritmo de la respiración?
¿A qué sabe la saliva cuando el cuerpo siente el miedo subírsele a la garganta
como una fiera adolorida?
¿Será cierto que la boca se pone agria y un tanto seca y un poco tensa al punto
de volverse un temblor involuntario?

¿Y los ojos?
¿Qué hacen los ojos ante el golpe?
Se cierran o más bien se dilatan, queriendo quedarse quietos y abiertos como
para escapar de la pesadilla que no puede ser abandonada puesto que no hubo
ni habrá sueño.

Todo es un día que da vueltas
y aquello en el centro más duro de esas volteretas
es la persona misma diciendo para sí: abre los ojos.

¿Y las rodillas?

¿Cierto que pierden su firmeza,
que el hueso deja de ser una piedra del complejo mecanismo para volverse
suave, torpe y llenarse toda de agua,
que las piernas se convierten en cuatro músculos desesperados, extraviados:
el sostén del cuerpo vuelto una suave y líquida cobardía?

¿Y el estómago?

Cuánto tarda en revolverse,
en convertirse en un espasmo,
en una sola náusea.

¿Y cuál es el sonido que nace del dolor, físico e inescapable,
de aquel que ha sentido el calor de una herida en la cara, en las mejillas,
cuál, la urgencia que transmite?

Así es que díganos:

a qué huele la muerte
cuánto pesa la muerte
dónde se escribe muerte
dónde se entiende muerte

¿Cómo es que se llamará su próximo artículo?

8. BLACK FRIDAY

*A Jdimytai Damour
q.e.p.d.*

Viernes negro. Un hombre murió aplastado.
Una estampida de compradores furiosos le pasó encima.

El suyo era un trabajo temporal, pasajero.
Era un empleado informal, un uniforme más en la cadena
de supermercados *Walmart*.

Imagino cómo habrán crujido sus huesos,
si su boca se habrá abierto, si habrá escupido sangre
en el último minuto, si dijo algo, si tosió algo,
si la lengua se le enredó
en mitad de la asfixia.

Imagino si anunciaban las últimas ofertas,
el pasillo en el que se encontraban las rebajas.

Si como *soundtrack* sonaba una canción navideña
*Oh, what fun it is to ride
in a one horse open sleigh*

Imagino si ese ejército atolondrado sintió su cuerpo,
el blando estallido de su estómago,
el reacomodo de la carne,
las costillas desmenuzándose en el piso.

Dicen que la venta continuó toda la noche
que la mayoría de los clientes así lo quiso

Navidad en Nueva York
*Oh, jingle bells, jingle bells,
jingle all the way...*

9.

10:30 DE LA MAÑANA Y AÚN NO ESTAMOS LISTOS

Murió un pájaro
en la entrada de tu casa.
Una criatura apenas
un cuerpo apenas
sin sangre.

Alas negras entre las hojas
simulando el gesto revuelto,
la tensa agonía por la supervivencia.

Estaba tan molesta
la señora vecina,
como si algo se le hubiese ido
en esa muerte.

Y nosotros,
tan en el café de la mañana,
en la discusión somnolienta de cada día.
Apenas atinamos a salir al patio,
ensayar un rostro cabizbajo
y mirar no con poca repugnancia
el trozo de carne muerta.

Esa señora tiene unos setenta años,
tendrá la misma edad a la que murió mi abuela.

¿Será que lo que perdió ella en ese pájaro
lo perdimos nosotros hace tiempo?

Indiferentes,
cerramos la puerta
y bebemos el resto de nuestro
café ya tibio.

10.

LA MADRE ERA LA CASA

Nada se gesta fuera de la casa.

Fuera de la casa, mueren las flores y los pinos.
El frío con su boca tiesa, con su cuchilla,
aguarda.

Las manos de los niños van perdiendo su destreza.
Una extraña nostalgia reblandece sus cuerpos retraídos.

Nada se gesta fuera de la casa.

Las crías hurgan el pasto
con sus rodillas aún limpias.
Prueban la tierra, el agua que se abre debajo de las piedras.

La niña dibuja un sol y, bajo el sol,
una pradera donde su pelo
aprenda a crecer en orfandad.